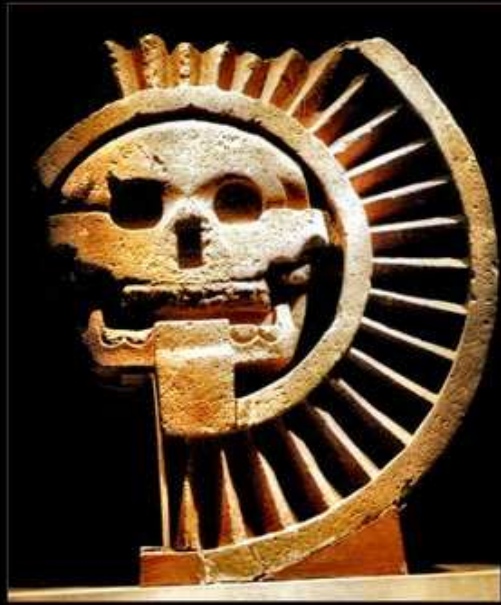


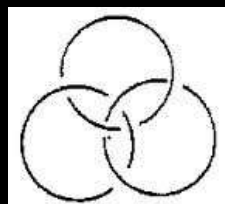
DESPIERTA ESTAS MURIENDO

Jaime Sabines



SELECCIÓN PERSONAL DE:

Eric Leunam



ABISMARIO

“Despierta estás muriendo”.

Jaime Sabines

Selección personal de:

Eric Leunam

Ningún derecho reservado.

Bueno, todos los poemas son de Jaime Sabines. Pero eso ya lo sabes.

Primera Edición:

Ediciones Delirio

Al cuidado de Eric Leunam.

Puebla, México 2004.

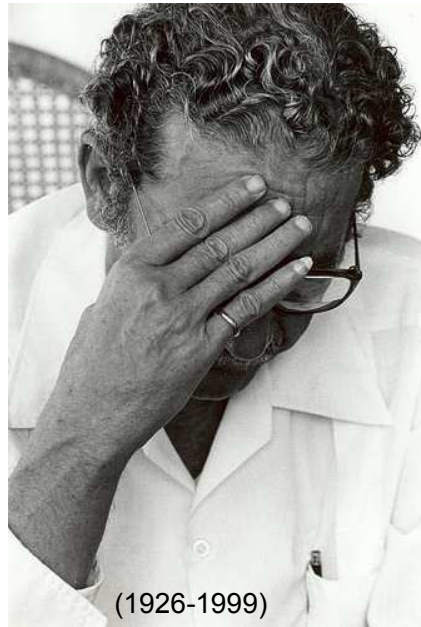
Segunda Edición:

Abismario Ediciones

Serie: Poesía.

Al cuidado de Eric Leunam

Jaime Sabines



(1926-1999)

Poeta Mexicano. Nació en Tuxtla Gutiérrez, Chiapas.

Abandonó la carrera de Medicina en la Universidad Nacional Autónoma de México y posteriormente estudió de manera parcial Lengua y Literatura Española.

Siempre ajeno y alejado del mundo literario; trabajó en una tienda de ropa y en una fábrica de alimento para animales, entre otras cosas.

También incursionó en el mundo de la política.

Sus últimos años los pasó en una silla de ruedas, la enfermedad golpeó su cuerpo y fue sometido a aproximadamente 35 operaciones. Murió víctima del cáncer a los 72 años.

Sabines nunca temió a la muerte, sólo a la enfermedad...

HORAL

(1950)

YO NO LO SÉ DE CIERTO, pero supongo
que una mujer y un hombre
algún día se quieren,
se van quedando solos poco a poco,
algo en su corazón les dice que están solos,
solos sobre la tierra se penetran,
se van matando el uno al otro.

Todo se hace en silencio. Como
se hace la luz dentro del ojo.
El amor une cuerpos.
En silencio se van llenando el uno al otro.

Cualquier día despiertan, sobre brazos;
piensan entonces que lo saben todo.
Se ven desnudos y lo saben todo.

(Yo no lo sé de cierto. Lo supongo.)

LA TOVARICH

1

Es mi cuarto, mi noche, mi cigarro.
Hora de Dios creciente.
Obscuro hueco aquí bajo mis manos.
Invento mi cuerpo, tiempo,
y ruinas de mi voz en mi garganta.
Apagado silencio.

He aquí que me desnudo para habitar mi muerte.

Sombras en llamas hay bajo mis párpados.
Penetro en la oquedad sin palabra posible,
en esa inimaginable orfandad de la luz
donde todo es intento, aproximado afán y cercanía.

Margie (Maryi) se llama.

Estaba yo con Dios desde el principio.
El puso en mi corazón imposibles imágenes
y una gran libertad desconocida.

Voces llenas de ojos en el aire
corren la obscuridad, muros transitan.
(Lamento abandonado en la banqueta.
Un grito, a las once, buscando un policía.)
En el cuarto vecino dos amantes se matan.

Y música a pedradas quiebra cristales,
rompe mujeres encintas.
En paz sereno,
fumo mi nombre, recuerdo.

Porque caí, como una piedra en el agua,
o una hoja en el agua,
o un suspiro en el agua.
Caí como un ojo en una lágrima.

Y me sentí varón para toda humedad,
suave en cualquier ternura,
lento en todo callar.
Fui el primero □ hasta el último □
en ser amor y olvido,
ni amor ni olvido.
(Porque soles opuestos...
Siempre el mismo y distinto.
Igual que sangre en círculo. al corazón, igual.)

El porvenir que cae me filtra hasta perderse.
Yo soy: ahora, aquí, siempre y jamás.

Un barranco y un ave.
(Dos alas caminan en el aire
y en medio un madrigal.)

Un barranco.
(Ya no lo dijo. Calló, de pronto,
hoscamente, para callar.)

Un
(quién sabe. Yo).

Cualquier cosa que se diga es verdad.
Antes de mi suicidio estuve en un panal.

(Rosa □ Maryi □ que ya rosas,
cualquier muerte es mortal.)

Ahora voy a llorar.

EL LLANTO FRACASADO

Roto, casi ciego, rabioso, aniquilado
hueco como un tambor al que golpea la vida,
sin nadie pero solo,
respondiendo las mismas palabras para las mismas cosas siempre,
muriendo absurdamente, llorando como niña, asqueado.
He aquí éste que queda, el que me queda todavía.
Háblenle de esperanza,
díganle lo que saben ustedes, lo que ignoran,
una palabra de alegría, otra de amor, que sueñe.

Todos los animales sobre la tierra duermen.
Sólo el hombre no duerme.
¿Han visto ustedes un gesto de ternura en el rostro de un loco dormido?
¿Han visto un perro soñando con gaviotas?
¿Qué han visto?

Nadie sino el hombre pudo inventar el suicidio.
Las piedras mueren de muerte natural.
El agua no muere.
Sólo el hombre pudo inventar para el día la noche,
el hambre para el pan,
las rosas para la poesía.

Mortalmente triste sólo he visto a un gato, un día, agonizando.
Yo no tengo la culpa de mis manos: es ella.
Pero no fue escrito:
Te faltará una mujer para cada día de amor.

Andarás, te dijeron, de un sitio a otro de la muerte
buscándote.

La vida no es fácil.

Es más fácil llorar, arrepentirse.

En Dios descansa el hombre.

Pero mi corazón no descansa,

no descansa mi muerte,

el día y la noche no descansan.

Diariamente se levantan los montes, el cielo se ilumina,

el mar sube hacia el mar,

los árboles llegan hasta los pájaros.

Sólo yo no me alumbro, no me levanto.

Háblenle de tragedias a un pescado.

A mí no me hagan caso.

Yo me río de ustedes que piensan que soy triste,

como si la soledad o mi zapato

me apretaran el alma.

La yugular es la vena de la mujer.

Alí recibe al hombre.

Las mujeres se abren bajo el peso del hombre

como el mar bajo un muerto,

lo sepultan, lo envuelven,

lo incrustan en ovarios interminables,

lo hacen hijos e hijos...

Ellas quedan de pie,

paren de pie, esperando.
No me digan ustedes en dónde están mis ojos,
pregunten hacia dónde va mi corazón.

Les dejaré una cosa el día último,
la cosa más inútil y más amada de mí mismo,
la que soy yo y se mueve, inmóvil para entonces,
rota definitivamente.
Pero les dejaré también una palabra,
la que no he dicho aquí, inútil, amada.

Ahora vuelve el sol a dejarnos.
La tarde se cansa, descansa sobre el suelo, envejece.
Trenes distantes, voces, hasta campanas suenan.
Nada ha pasado.

ASÍ ES

Con siglos de estupor,
con siglos de odio y llanto,
con multitud de hombres amorosos y ciegos,
destinado a la muerte,
ahogándome en mi sangre, aquí, embrocado.
Igual a un perro herido al que rodea la gente.
Feo como el recién nacido
y triste como el cadáver de la parturienta.

Los que tenemos frío de verdad,
los que estamos solos por todas partes,
los sin nadie.
Los que no pueden dejar de destruirse,
ésos no importan, no valen nada, nada,
que de una vez se vayan, que se mueran pronto.
A ver si es cierto: muérete.
¡Muérete Jaime, muérete!

¡Ah, mula vida,
testaruda, sorda!

Poetas, mentirosos, ustedes no se mueren nunca.
Con su pequeña muerte andan por todas partes
y la lucen, la lloran, le ponen flores,
se la enseñan a los pobres, a los humildes, a los que tienen esperanza.
Ustedes no conocen la muerte todavía:
cuando la conozcan ya no hablarán de ella,

se dirán que no hay tiempo sino para vivir.

Es que yo he visto muertos,
y sólo los muertos son la muerte,
y eso, de veras, ya no importa.

Un desgraciado como yo no ha de ser siempre desgraciado.
He aquí la vida.

Puedo decirles una cosa por los que han muerto de amor,
por los enfermos de esperanza,
por los que han acabado sus días y aún andan por las calles
con una mirada inequívoca en los ojos
y con el corazón en las manos ofreciéndolo a nadie.
Por ellos, y por los cansados que mueren lentamente en buhardillas
y no hablan, y tienen sucio el cuerpo, altaneros del hambre,
odiadores que pagan con moneda de amor.
por éstos y los otros, por todos los que se han metido las manos
debajo de las costillas
y han buscado hacia arriba esa palabra, ese rostro,
y sólo han encontrado peces de sangre, arena...
Puedo decirles una cosa que no será silencio,
que no ha de ser soledad,
que no conocerá ni locura ni muerte.

Una cosa que está en los labios de los niños,
que madura en la boca de los ancianos,
débil como la fruta en la rama,
codiciosa como el viento:
humildad.

Puedo decirles también
que no hagan caso de los que yo les diga.
El fruto asciende por el tallo, sufre la flor y llega al aire.

Nadie podrá prestarme su vida.
Hay que saber, no obstante,
que los ríos todos nacen del mar.

LA SEÑAL

(1951)

DE LA MUERTE

Enterradla.

Hay muchos hombres quietos, bajo tierra,
que han de cuidarla.

No la dejéis aquí,
enterradla.

DEL MITO

Mi madre me contó que yo lloré en su vientre.

A ella le dijeron: tendrá suerte.

Alguien me habló todos los días de mi vida

al oído, despacio, lentamente.

Me dijo: ¡vive, vive, vive!

Era la muerte.

LA MÚSICA DE BACH MUEVE CORTINAS
en la mañana triste, y un viento con amores
se desliza en las calles y en los corazones.
Nadie sabe por qué, pero se alegran
las sombras y los hombres
como si Dios hubiese descendido a fecundarlos
y en el asfalto espigas de oro florecieran.
En el día de hoy el sol se ablanda
y mansa luz como un aceite unta
a los cansados y a los tristes.

Un canto para sordos se desprende de las cosas
y esa terrible dulzura que es Dios insoportable
contagia la salud de un pecho a otro.
Es la hora interminable, la inasible,
la eternidad que dura un abrir y cerrar de ojos.
(Mientras esto he dicho, el día se ha partido en
dos como una granada madura).

NO QUIERO PAZ, NO HAY PAZ,
quiero mi soledad.
Quiero mi corazón desnudo
para tirarlo a la calle,
quiero quedarme sordomudo.
Que nadie me visite,
que yo no mire a nadie,
y que si hay alguien, como yo, con asco,
que se lo trague.
Quiero mi soledad,
no quiero paz, no hay paz.

CARTA A JORGE

Hermano:

hay cuatro o cinco nombres oscuros

que sangran la poesía.

El exterminio asiste a los amantes.

Hay quien sin darse cuenta camina en el suicidio

como si visitara la muerte de un extraño.

El hombre dice polvo y soledad y angustia.

La esperanza, asustada, se refugia en los niños

y en los tontos

y en nosotros, los que todavía, por la gracia del verbo, somos
desgraciados.

La tierra ignora, el hombre trata

de conocer, levanta la cabeza en que los ojos brillan.

Hermano: estoy enfermo, estamos

bebiendo diariamente vida y muerte mezcladas,

en nuestro pan hay piedras,

tenemos sucio el llanto,

acudimos a nuestro corazón como a una casa limpia

pero tenemos que dormir sobre montones de basura

y cuando llega el día no podemos tomar leche al pie de la vaca

sino brebajes de perdición en manos de brujas.

Amanecer no es hoy darse cuenta del día.

La sangre a veces se congela en los ojos

que quieren ver el mundo.

Tu mano de amor se hará de piedra

si tratas de secar el llanto a tu vecino.

No hables, no escuches nada, no socorras,

no llares en tu auxilio,

que cada quien se ahogue bajo sus propios gritos,
en sus gestos de espanto para la mímica universal.
Hermano: tu desaliento no tiene sentido,
óyeme hablar de la primavera.
Yo siento a veces que los pulmones se me quiebran,
que la carne toda se me quiebra
igual que un vidrio golpeado por un martillo;
siento que alguien les aprieta el pescuezo a los pájaros dentro de las
jaulas,
que alguien mete un perro y un gato en un costal,
que les dan con un mazo en la nuca a los corderos,
que degüellan niñas, juntándoles la cabeza a la espalda;
pero óyeme hablar de la primavera.
La miel se cosecha todavía en las bodegas
y en los libros. La ternura existe.
Vamos a morirnos cada quien en su sitio
calladamente. No hay que darle importancia.

ADAN Y EVA

(1952)

XIV

Ah, tú, guardadora del mundo, dormida, preñada de la muerte, quieta.

¡Qué inútil es hablarte, hablarme!

Hombre solo soy, quedé. Quedé manco, podado; a mi mitad quedé.

Aquí me muero. Porque los ojos de la muerte me han visto y giran
alrededor cazándome, llevándome. Aquí me callo. De aquí no me
muevo.

Bajo mis manos crece, dulce, todas las noches. Tu vientre manso,
suave, infinito. Bajo mis manos que pasan y repasan midiéndolo,
besándolo; bajo mis ojos que lo quedan viendo toda la noche.

Me doy cuenta de que tus pechos crecen también, llenos de ti,
redondos y cayendo. Tú tienes algo. Ríes, miras distinto, lejos.

Mi hijo te está haciendo más dulce, te hace frágil. Suenas como la
pata de la paloma al quebrarse.

Guardadora, te amparo contra todos los fantasmas; te abrazo para
que madures en paz.

TARUMBA

(1956)



PRÓLOGO

Estamos haciendo un libro,
testimonio de lo que no decimos.
Reunimos nuestro tiempo, nuestros dolores,
nuestros ojos, las manos que tuvimos,
los corazones que ensayamos;
nos traemos al libro,
y quedamos, no obstante,
más grandes y más miserables que el libro.
El lamento no es el dolor.
El canto no es el pájaro.
El libro no soy yo, ni es mi hijo,
ni es la sombra de mi hijo.
El libro es sólo el tiempo,
un tiempo mío entre todos mis tiempos,
un grano en la mazorca,
un pedazo de hidra.

A la casa del día entran gentes y cosas,
yerbas de mal olor,
caballos desvelados,
aires con música,
maniqués igual a muchachas;
entramos tú, Tarumba, y yo.
Entra la danza. Entra el sol.
Un agente de seguros de vida
y un poeta.
Un policía.
Todos vamos a vendernos, Tarumba.

En este pueblo, Tarumba,
miro a todas las gentes todos los días.
Somos una familia de grillos.
Me canso.
Todo lo sé, lo adivino, lo siento.
Conozco los matrimonios, los adulterios,
las muertes.
Sé cuando el poeta grillo quiere cantar,
cuándo bajan los zopilotes al mercado,
cuándo me voy a morir yo.
Sé quienes, a qué horas, cómo lo hacen,
curarse en las cantinas,
besarse en los cines,
menstruar,
llorar, dormir, lavarse las manos.
Lo único que no sé es cuándo nos iremos,
Tarumba, por un subterráneo,
al mar.

Oigo palomas en el tejado del vecino.

Tú ves el sol.

El agua amanece,

y todo es raro como estas palabras.

¿Para qué te ha de entender nadie, Tarumba?,

¿para qué alumbrarte con lo que dices

como con una hoguera?

Quema tus huesos y caliéntate.

Ponte a secar, ahora, al sol y al viento.

¿Qué putas puedo hacer con mi rodilla,
con mi pierna tan larga y tan flaca,
con mis brazos, con mi lengua,
con mis flacos ojos?
¿Qué puedo hacer en este remolino
de imbéciles de buena voluntad?
¿Qué puedo con inteligentes podridos
y con dulces niñas que no quieren hombres sino poesía?
¿Qué puedo entre los poetas uniformados
por la academia o por el comunismo?
¿Qué, entre vendedores o políticos
o pastores de almas?
¿Qué putas puedo hacer, Tarumba,
si no soy santo, ni héroe, ni bandido,
ni adorador del arte,
ni boticario,
ni rebelde?
¿Qué puedo hacer si puedo hacerlo todo
y no tengo ganas sino de mirar y mirar?

Quebrado como un plato

quebrado de deseos, de nostalgias, de sueños.

Yo soy este que quiere a una fulana el día trece de cada mes

y este que llora por la otra y la otra cuando las recuerda.

¡Qué seseo de hembras maduras

y de mujeres tiernas!

Mi brazo derecho quiere una cintura

y mi brazo izquierdo una cabeza.

Mi boca quiere morder y besar y secar lágrimas.

Voy del placer a la ternura

en la casa del loco,

y enciendo veladoras

y quemo mis dedos como copal

y canto con el pecho una ronca canción oscura.

Estoy perdido y quebrado

y no tengo nada ni a nadie,

ni puedo hablar, ni sirve.

Sólo puedo moverme

mientras me cae la ceniza

y me caen piedras y sombras.

Solamente de vez en cuando, o a diario,
pensándolo, o cuando menos lo pienso,
detrás de mí y en medio y por delante,
estoy arruinado, contrito, tapándome
con una manta el corazón
y mis muelas.
Me cae la flor de la bugambilia
y me cae le viento
y me cae mi madre

□ y mi padre, y mi mujer y mi hijo □
y me levanto con el nombre ajado
y recojo mi lengua llena de hormigas.
Vivo bien.
No tengo queja de nada ni de nadie.
Sólo que a veces, cuando viene el agua
me mojo a media calle
y cada día me parezco más a un poste.
Alguien me va a decir alguna cosa,
la va a sacar de algún costal de mentiras,
y desde entonces voy a ser feliz y triste.
Hoy, de ladrón no paso,
ni paso de vivo.

¡En qué pausado vértigo te encuentras,
qué sombras bebes en qué sonoros vasos!
¡Con qué manos de hule estás diciendo adiós
y qué desdentada sonrisa echas por delante!
Te miro poco a poco tratando de quererte
pero estás mojado de alcohol
y escupes en la manga de tu camisa
y los pequeños vidrios de tus ojos se caen
¿Adónde vas, hermano?
¿De qué vergüenza huyes?,
¿de qué muerte te escondes?

Yo miro al niño que fuiste,
cómo lo llevas de la mano
de cantina a cantina, de un hambre a otra.
Me hablas de cosas que sólo tu madrugada conoce,
de formas que sólo tu sueño ha visto,
y sé que estamos lejos, cada uno en el lugar de su miseria
bajo la misma lluvia de esta tarde.
Tú no puedes flotar, pero yo hundirme.
Vamos a andar del brazo, como dos topos amarillos,
a ver si el dios de los subterráneos nos conduce.

Le vendí al diablo,
le vendí a la costumbre,
le vendí al amor consuetudinario,
mi riñón, mi corazón, mis hígados.
se los vendí por una pomada para los callos,
y por el gusto,
y por sentirme bien.
Nadie desde hoy, podrá decirme
poeta vendido.
Nadie podrá escarbar y jalarme los huesos.
Estoy en la Republica de China Popular.
Le curo las almorranas a Neruda,
escupo a Franco.
(Nadie podrá decir que no estoy en mi tiempo.)
Detrás del mostrador soy el héroe del día.
yo soy la resistencia. Oídme.
Soporto el hundimiento.
Desde el balcón nocturno miro al sol.
Desde la empalizada submarina.

DIARIO SEMANARIO
Y POEMAS EN PROSA

(1961)

TE QUIERO A LAS DIEZ DE LA MAÑANA, y a las once, y a las doce del día.
Te quiero con toda mi alma y con todo mi cuerpo, a veces, en las tardes de lluvia. Pero a las dos de la tarde, o a las tres, cuando me pongo a pensar en nosotros dos, y tú piensas en la comida o en el trabajo diario, o en las diversiones que no tienes, me pongo a odiarte sordamente, con la mitad del odio que guardo para mí.

Luego vuelvo a quererte, cuando nos acostamos y siento que éstas hecha para mí, que de algún modo me lo dicen tu rodilla y tu vientre, que mis manos me convencen de ello, y que no ha otro lugar en donde yo me venga, a donde yo me vaya, mejor que tu cuerpo. Tú vienes toda entera a mi encuentro, y los dos desaparecemos un instante, nos metemos en la boca de dios, hasta que yo te digo que tengo hambre o sueño.

Todos los días te quiero y te odio irremediablemente. y hay días también, hay horas, en que no te conozco, en que me eres ajena como la mujer de otro. Me preocupan los hombres, me preocupo yo, me distraen mis penas.

Es probable que no piense en ti durante mucho tiempo. Ya ves. ¿Quién podría quererte menos que yo, amor mío?

A MEDIANOCHE, a punto de terminar agosto, pienso con tristeza en las hojas que caen de los calendarios incesantemente. Me siento el árbol de los calendarios.

Cada día, hijo mío, que se va para siempre, me deja preguntándome: si es huérfano el que pierde un padre, si es viudo el que ha perdido la esposa, ¿cómo se llama el que pierde un hijo?, ¿cómo, el que pierde el tiempo? Y si yo mismo soy el tiempo, ¿cómo he de llamarme, si me pierdo a mí mismo?

El día y la noche, no el lunes ni el martes, ni agosto ni septiembre; el día y la noche son la única medida de nuestra duración. Existir es durar, abrir los ojos y cerrarlos.

A estas horas, todas las noches, para siempre, yo soy el que ha perdido el día. (Aunque sienta que, igual que sube la fruta por las ramas del durazno, está subiendo, en el corazón de estas horas, el amanecer.)

HAY UN MODO de que me hagas completamente feliz, amor mío:
muérete.

POEMAS SUELTOS

(1951-1961)

LO PRIMERO QUE HAY QUE DECIR

es esta dulce, esta llorosa arena
cayendo de las manos,
este tiempo, estos días,
este fluir oscuro, inexorable,
y este bendito corazón profundo,
manantial de la muerte, y estos ojos
que no alcanzan a ver ya nada, nada.

¡Qué tristeza, qué fiesta,
qué soledad!

Nadie ha de verlo, nadie
al lugar de los árboles oscuros
podrá llegar; nadie a la espesa sombra
donde el agua flotante, inextinguible
extiende redes; nadie podrá hablar.

Hay un muerto que puede oír las voces de los que quiere.
Hay una isla a donde llegan pájaros y cartas.
Hay un cementerio de mujeres en un lugar de abril.
No puedo regresar.
Digo que ya no puedo regresar.

ME DOY CUENTA DE QUE ME FALTAS

y de que te busco entre las gentes, en el ruido,
pero todo es inútil.

Cuando me quedo solo

me quedo más solo

solo por todas partes y por ti y por mí.

No hago sino esperar.

Esperar todo el día hasta que no llegas.

Hasta que me duermo

y no estás y no has llegado

y me quedo dormido

y terriblemente cansado

preguntando.

Amor, todos los días.

Aquí a mi lado, junto a mí, haces falta.

Puedes empezar a leer esto

y cuando llegues aquí empezar de nuevo.

Cierra estas palabras como un círculo,

como un aro, échalo a rodar, enciéndelo.

Estas cosas giran en torno a mí igual que moscas,

en mi garganta como moscas en un frasco.

Yo estoy arruinado.

Estoy arruinado de mis huesos,

todo es pesadumbre.

AL PIE DEL DÍA,
de la mano de una madre estelar,
mi corazón sonríe y espera.
Como esos niños de ojos grandes y misteriosos,
tocado de gracia, mi corazón
mira en las cosas las profecías cumplidas.
Dueño de mi corazón que me sostiene,
estoy pensando en el riguroso vivir
mientras la hora desciende hasta la soledad radical
de mis huesos sobrevivientes.
Ésta es mi sustancia comunicada,
ni dentro ni fuera de mí, yo mismo,
un mismo aire, yo, surtidor del mundo.
Soy exacto en el contorno de todas las cosas,
aunque a veces sólo sé que soy un hombre,
este hombre, esta limitación.

TODAS LAS VOCES SEPULTADAS en el enorme panteón del aire que rodea
la tierra
revivirán de pronto para decir que el hombre es sólo eso,
un sonido extinguiéndose, una risa, un lamento,
penetrando en su muerte como en su crecimiento.

Esqueleto de una sombra,
estructura de un vuelo,
rastro de una piedra en el agua.
deseo, sólo deseo, sueño, sólo sueño.

Con los ojos cerrados miro lo que quiero
y lo que quiero no existe.

IGUAL QUE LA NOCHE de la embriaguez,
igual fue la vida.
¿Qué hice?, ¿qué tengo entre las manos?
Sólo desear, desear, desear,
ir detrás de los sueños
igual que un perro ciego ladrándole a los ruidos.

LA SIRENA DE UNA AMBULANCIA pasa buscando
entre los seres queridos
de pronto.

Suena una gota de un ácido
sobre la madera de un ojo.

El techo de la casa cae en cámara lenta,
se desploma el algodón flotante del tiempo.

La sed de los drenajes borbota,
hierve hacia abajo como algunos pulmones,
y del miedo no se mueve ni una hoja.

El aire juega con la cola de la cebolla,
mientras la sombra de un niño se acurruca en un rincón de la madre.
El sueño tiene los ojos abiertos al nivel del mar.
Recórreme, desde las plantas de mi dolor,
hasta la punta de mi cabeza giratoria,
y encuentra algo de mí que yo conozca.

Me puse todo en el bote de la basura de Dios.

PASA EL LUNES y pasa el martes
y pasa el miércoles y el jueves y el viernes
y el sábado y el domingo,
y otra vez el lunes y el martes
y la gotera de los días sobre la cama donde se quiere
dormir,
la estúpida gota del tiempo cayendo sobre el corazón
aturdido,
la vida pasando como estas palabras.
lunes, martes, miércoles,
enero, febrero, diciembre, otro año, otro año, otra vida.
La vida yéndose sin sentido, entre la borrachera y la conciencia,
entre la lujuria y el remordimiento y el cansancio.

Encontrarse, de pronto, con las manos vacías,
con el corazón vacío,
con la memoria como una ventana hacia la oscuridad,
y preguntarse: ¿qué hice?, ¿qué fui?, ¿en donde estuve?
Sombra perdida entre las sombras,
¿cómo recuperarte, rehacerte, vida?

Nadie puede vivir de cara a la verdad
sin caer enfermo o dolerse hasta los huesos.
Porque la verdad es que somos débiles y miserables
y necesitamos amar, ampararnos, esperar, creer y
afirmar.

No podemos vivir a la intemperie
en el solo minuto que nos es dado.
¡Qué hermosa palabra "Dios", larga

y útil al miedo, salvadora!
Aprendemos a cerrar los labios del corazón
cuando quiera decirla,
y enseñémosle a vivir en su sangre,
a revolcarse en su sangre limitada.

No hay más que esta ternura que siento hacia ti,
engañado,
porque algún día vas a abrir los ojos
y mirarás tus ojos cerrados para siempre.
no hay más que esta ternura de mí mismo
que estoy abierto como un árbol,
plantado como un árbol, recorriéndolo todo.

He aquí la verdad: hacer las máscaras,
recitar las voces, elaborar los sueños,
Ponerse el rostro del enamorado,
la cara del que sufre,
la faz del que sonrío,
el día lunes, y el martes, y el mes de marzo
y el año de la solidaridad humana,
y comer a las horas lo mejor que se pueda,
y dormir y ayunar,
y seguirse entrenando ocultamente para el evento final
del que no habrá testigos.

YURIA

(1967)



CUBA 65

I

No sé, a estas alturas, cómo decir las cosas que suceden.

Soy un poco apagado, un poco triste,
un poco incrédulo y vacío.

Dejé pasar tres meses a propósito
para mirar en mí, mirarte lejos,
sano y salvo de ti, Cuba caliente.

(He aquí el primer error. No quiero atarme
a las palabras ni al ritmo.

Líbreme Dios de mí
igual que me he librado de Dios.)

Suscribo lo que dice la prensa reaccionaria del mundo.

(Así iba a empezar.)

En Cuba hay privaciones, hay escasez, no hay pollos,
no hay vestidos suntuosos ni automóviles último modelo,
hay pocas medicinas y mucho trabajo para todos.

Suscribo esto.

Quiero aclarar que no me paga un sueldo el partido comunista,
ni recibo dólares de la embajada norteamericana

(¡Qué bien la están haciendo los gringos
en Vietnam y en Santo Domingo!)

No acostumbro meterme con la poesía política
ni trato de arreglar el mundo.

Más bien soy un burgués acomodado a todo,
a la vida, a la muerte y a la desesperanza.

No tengo hábitos sanos
ni he aprendido a reír ni a conversar con nadie.
Soy un poco de todo,
y pienso que si fuera en un buque pirata
sería lo mismo el capitán que el cocinero.

ESPERO CURARME DE TI en unos días. Debo dejar de fumarte, de beberte, de pensarte. Es posible. Siguiendo las prescripciones de la moral en turno. Me receto tiempo, abstinencia, soledad.

¿Te parece bien que te quiera nada más una semana? no es mucho, ni es poco, es bastante. En una semana se puede reunir todas las palabras de amor que se han pronunciado sobre la tierra y se les puede prender fuego. Te voy a calentar con esa hoguera del amor quemado. Y también el silencio. Porque las mejores palabras del amor están entre dos gentes que no se dicen nada.

Hay que quemar también ese otro lenguaje lateral y subversivo del que ama. (Tú sabes cómo te digo que te quiero cuando digo: “qué calor hace”, “dame agua”, “sabes manejar”, “se hizo de noche”... Entre las gentes, a un lado de tus gentes y las mías, te he dicho “ ya es tarde”, y tú sabías que decía “te quiero”).)

Una semana más para reunir todo el amor del tiempo. Para dártelo. Para que hagas con él lo que tú quieras: guardarlo, acariciarlo, tirarlo a la basura. No sirve, es cierto. Sólo quiero una semana para entender las cosas. Porque esto es muy parecido a estar saliendo de un manicomio para entrar a un panteón.

SI SOBREVIVES, si persistes, canta,
sueña, emborráchate.
Es el tiempo del frío: ama,
apresúrate. El viento de las horas
barre las calles, los caminos.
Los árboles esperan: tú no esperes,
éste es el tiempo de vivir, el único.

AUTONECROLOGIA

I

Cuatro, cinco, seis voces conocidas
salen de mi garganta,
salgo yo de cenizas,
de escombros familiares,
soy un coro de inválidos, de agónicos,
de encorvados bufones
recogiendo monedas que no sirven.

“Me he muerto tantas veces”, es un decir como otros.
No he dormido, es lo cierto,
y ya no tengo ni hambre.

Si alguien me deja por allí,
si alguien me tira bajo un árbol
o en algún basurero
¡qué descanso!

¡Aquí, jinetes del Apocalipsis diario,
voy a trabarles las patas
con un cordón de seda!

¿Que qué es este saco que llevo a mi espalda?
Es un costal con mis vísceras más queridas:
hígado y riñones, pulmón y tripas, páncreas
para los gatos desvelados.
(“Miau” es la expresión más tierna del amor.)

Aquí viene uno, míralo.

Se me parece como una gota a otra.

(Somos dos lágrimas caídas de los ojos de la muerte,
Columba.)

Concubinas del diablo, señor de los misterios,
padre nuestro, recemos,
cantemos al oráculo dela buena vida,
entonemos el himno de la resurrección
en los pétalos inmensos de la noche abierta.

IV

Y bien. Es el momento de amontonar palabras, hojarasca, y quemarlas.

Y si echamos las manos a ese fuego,

si el pelo, si una parte del alma,

si los ojos,

mejor, tanto mejor.

De este residuo de los días

hay que impregnar la almohada.

(Bajo las sábanas el cuerpo mutilado

se reconstruye.)

La soledad es rica en amapolas

y el silencio despierta los sueños.

V

Te quiero porque tienes las partes de la mujer
en el lugar preciso
y estás completa. No te falta ni un pétalo,
ni un olor, ni una sombra.
Colocada en tu alma,
dispuesta a ser rocío en la yerba del mundo,
leche de luna en las oscuras hojas.

Quizás me ves,
tal vez, acaso un día,
en una lámpara apagada,
en un rincón del cuarto donde duermes,
soy una mancha, un punto en la pared, alguna raya
que tus ojos, sin ti, se quedan viendo.
Quizás me reconoces
como una hora antigua
cuando a solas te preguntas, te interrogas
con el cuerpo cerrado y sin respuesta.
Soy una cicatriz que ya no existe,
un beso ya lavado por el tiempo,
un amor y otro amor que ya enterraste.

Pero estás en mis manos y me tienes
y en tus manos estoy, brasa, ceniza,
para secar tus lágrimas que lloro.

¿En qué lugar, en dónde, a qué deshoras
me dirás que te amo? Esto es urgente

porque la eternidad se nos acaba.

Recoge mi cabeza. Guarda el brazo
con que amé tu cintura. No me dejes
en medio de tu sangre en esa toalla.

El mediodía en la calle, atropellando ángeles,
violento, desgarrado;
gentes envenenadas lentamente
por el trabajo, el aire, los motores;
árboles empeñados en recoger su sombra,
ríos domesticados, panteones y jardines
transmitiendo programas musicales.
¿Cuál hormiga soy yo de estas que piso?
¿qué palabras en vuelo me levantan?

“Lo mejor de la escuela es el recreo”,
dice Judit, y pienso:
¿cuándo la vida me dará un recreo?
¡Carajo! Estoy cansado. Necesito
morirme siquiera una semana.

ME DUELES.

Mansamente, insoportablemente, me dueles.

Toma mi cabeza, córtame el cuello.

Nada queda de mí después de este amor.

Entre los escombros de mi alma búscame,
escúchame.

En algún sitio mi voz, sobreviviente, llama,
pide tu asombro,
tu iluminado silencio.

Atravesando muros, atmósferas, edades,
tu rostro (tu rostro que parece que fuera cierto)
viene desde la muerte, desde antes
del primer día que despertara al mundo.

¡Qué claridad tu rostro, qué ternura
de la luz ensimismada,
qué dibujo de miel sobre hojas de agua!

Amo tus ojos, amo, amo tus ojos.

Soy como el hijo de tus ojos,
como una gota de tus ojos soy.

Levántame. De entre tus pies levántame, recógeme,
del suelo, de la sombra que pisas,
del rincón de tu cuarto que nunca ves en sueños.

Levántame. Porque he caído de tus manos
y quiero vivir, vivir, vivir.

SI PUDIERAS ESCARBAR EN MI PECHO, y escarbar en mi alma, y escarbar por debajo de las tumbas, no encontrarías nada. Es sólo el tiempo el que nos pone algo en las manos, una fruta, una piedra, algodones o vidrios.

Soy inmensamente esta hora. Me he puesto esta mirada en los ojos y estoy frente a las sombras. La vida sólo dice las palabras que le hemos enseñado, y el silencio es un cristal opaco, el misterio es un muro detrás del cual no hay nada.

¿Cuál es el esqueleto de mis días?, ¿qué rastro, qué huella de mí queda?, ¿qué permanece, sino estos vanos humos de la memoria encerrados en este cuarto ciego? ¡Abrid las ventanas!, ¡que entre la luz y que entre el aire, el aire que es el más fiel testigo de la vida!

En vano quieres sacar agua del pozo. El ayer se ha secado, y sólo los rastros bostezan en su arenal oscuro.

MALTIEMPO

(1972)



DOÑA LUZ

IV

Creo que estuvo en la tierra algunos años. Creo que yo también estuve en la tierra. ¿Cuál es esa frontera?, ¿qué es lo que ahora nos separa? ¿nos separa realmente?

A veces creo escucharla: tú eres el fantasma, tú la sombra. Sueña que vives, hijo, porque es hermoso el sueño de la vida.

V

En un principio, con el rencor de su agonía, no podía dormir. Tercas, dolorosas imágenes repetían su muerte noche a noche. Eran mis ojos sucios, lastimados de verla; el tiempo del sobresalto y de la angustia. ¡Qué infinitas caídas agarrado a la almohada, la oscuridad girando, la boca seca, el espanto!

Pero una vez, amaneciendo, la luz indecisa en las ventanas, pasó su mano sobre mi rostro, cerró mis ojos.

¡Qué confortablemente ciego estoy de ella! ¡Qué bien me alcanza su ternura! ¡Qué grande ha de ser su amor que meda su olvido!

VII

De repente, qué pocas palabras quedan: amor y muerte.

Pájaros quemados aletean en las entrañas de uno.

Dame un golpe, despiértame.

Dios mío, ¿qué Dios tienes tu? ¿quién es tu Dios padre, tu Dios abuelo?

¡Que desamparado ha de estar el Dios primero, el último!

Sólo la muerte se basta a sí misma. Se alimenta de sus propios excrementos.

Tiene los ojos encontrados, mirándose entre sí, perpetuamente.

¡Y el amor! El amor es el aprendizaje de la muerte.

Dame la mano, o cógete del brazo, de mi brazo. Entra al coche. Te llevaré a dar el último paseo por el bosque.

Querías vivir, lo supe. Insistías en que todo era hermoso, pero tu sangre caía como un muro vencido. Tus ojos se apagaban detrás de ti misma. cuando dijiste “volvamos” ya estabas muerta.

¡Qué dignidad, qué herencia! Nos prohíbes las lágrimas ahora. No nos queda otro remedio que ser hombres.

XVII

Lloverás en el tiempo de lluvia,
harás calor en el verano,
harás frío en el atardecer.
Volverás a morir otras mil veces.

Florecerás cuando todo florezca.
No eres nada, nadie, madre.

De nosotros quedará la misma huella,
la semilla del viento en el agua,
el esqueleto de las hojas en la tierra.
Sobre las rocas, el tatuaje de las sombras,
en el corazón de los árboles la palabra amor.

No somos nada, nadie, madre.
Es inútil vivir
pero es más inútil morir.

XXIV

Todo esto es un cuento, lo sabemos. He querido hacer un poema con tu muerte y he aquí que tengo la cabeza rota, las manos vacías. No hay poesía en la muerte. En la muerte no hay nada.

Tú me das el poema cuando te sientas a mi lado, cuando hablamos ¡En sueños! ¿No serán los sueños sólo la parte subterránea de este río que amanece cargado de esencias? ¿No serán el momento de conocer para siempre el corazón oculto de la tierra?

¿Quién canta? El que lloró hace rato. ¿Quién va a vivir ahora? Los que estábamos muertos.

El paralítico se levanta todos los días, a andar, mientras el ciego atesora la luz para siempre.

Por eso el hambriento tiene el pan, y al amoroso no lo sacia la vida.

PARA HACER FUNCIONAR A LAS ESTRELLAS es necesario apretar el botón azul.

Las rosas están insoportables en el florero.

¿Porqué me levanto a las tres de la mañana mientras todos duermen? ¿Mi corazón sonámbulo se pone a andar sobre las azoteas detectando los crímenes, investigando el amor?

Tengo todas las páginas para escribir, tengo el silencio, la soledad, el amoroso insomnio: pero sólo hay temblores subterráneos, hojas de angustia que aplasta una serpiente en sombra. No hay nada que decir: es el presagio, sólo el presagio de nuestro nacimiento.

ME PREOCUPA EL TELEVISOR. Da imágenes distorsionadas últimamente. Las caras se alargan de manera ridícula, o se acortan, tiemblan indistintamente, hasta volverse un juego monstruoso de rostros inventados, rayas, luces y sombras como en una pesadilla. Se oyen las palabras claramente, la música, los efectos de sonido, pero no corresponden a la realidad, se atrasan, se anticipan, se montan sobre los gestos que uno adivina.

Me dicen que un técnico lo arreglaría en dos o tres días, pero yo me resisto. No quiero la violencia: le meterían las manos, le quitarían las partes, le harían injertos ominosos, trasplantes arriesgados y no siempre efectivos. No volvería a ser el mismo.

Ojalá que supere esta crisis. Porque lo que tiene es una fiebre tremenda, un dolor de cabeza, una náusea horrible, que lo hace soñar estas cosas que vemos.

SOBRE EL ASFALTO se mece el trigo de la madrugada. Pájaros prematuros cantan picando las paredes y los ventanales. El aire fresco se desliza, por fin, libre del campo.

El barrendero silvestre, en punto de las seis, pasa su escoba, anunciando los maleficios del día, las acechanzas del sol sobre la ciudad inerte. Todo ha acabado. La luz, enemiga de la magia, atraviesa los párpados, echa a andar los relojes de la turbulencia.

I

Nadie sabe el número exacto de los muertos,
ni siquiera los asesinos,
ni siquiera el criminal.
(Ciertamente ya llegó a la historia
este hombre pequeño por todas partes,
incapaz de todo menos del rencor.)

Tlatelolco será mencionado en los años que vienen
como hoy hablamos de Río Blanco y Cananea,
pero esto fue peor,
aquí han matado al pueblo:
no eran obreros parapetados en la huelga,
eran mujeres y niños, estudiantes,
jovencitos de quince años,
una muchacha que iba al cine,
una criatura en el vientre de su madre,
todos barridos, certeramente acribillados
por la metralla del Orden y la Justicia Social.

A los tres días, el ejército era la víctima de los desalmados,
y el pueblo se aprestaba jubiloso
a celebrar las Olimpiadas, que darían gloria a México.

COMO PÁJAROS PERDIDOS

II

¿Creíste que podías burlar a tu destino? El mar arroja a los ahogados prematuros y la muerte no abre sus puertas sino a la hora precisa.

Tu cadáver te ha de alcanzar, no tengas cuidado.

VII

Te dicen descuidado porque ellos están acostumbrados a los jardines, no a la selva.

XIV

El piquete de una mariposa es más peligroso, mucho más que el de una víbora.

XVIII

El crimen perfecto sería un suicidio con apariencias de crimen. (Meterme un balazo por la espalda un día de éstos.)

XX

Me habló de la marihuana, de la heroína, de los hongos, de la llaguasa. Por medio de las drogas llegaba a Dios, se hacía perfecto, desaparecía.

Pero yo prefiero mis viejos alucinantes: la soledad, el amor, la muerte.

XXXVI

La policía irrumpió en la casa y atrapó a los participantes de aquella fiesta. Se los llevó a la cárcel por lujuriosos y perversos. Era natural. La policía no puede irrumpir en las calles y acabar con otros escándalos, como el de la miseria.

XXXVIII

El infame despertador, estrellado sobre la pared, hecho pedazos, repiquetea todavía, brinca de un lado a otro, gozoso, perverso, vengativo.

ALGO SOBRE LA MUERTE
DEL MAYOR SABINES

(1973)



PRIMERA PARTE

I

Déjame reposar,
aflojar los músculos del corazón
y poner a dormir el alma
para poder hablar,
para poder recordar estos días,
los más largos del tiempo.

Convalecemos de la angustia apenas
y estamos débiles, asustadizos,
despertando dos o tres veces de nuestro escaso sueño
para verte en la noche y saber que respiras.
Necesitamos despertar para estar más despiertos
en esta pesadilla llena de gentes y ruidos.

Tú eres el tronco invulnerable y nosotros las ramas,
por eso es que este hachazo nos sacude.
Nunca frente a tu muerte nos paramos
a pensar en la muerte,
ni te hemos visto nunca sino como la fuerza y la alegría.
No lo sabemos bien, pero de pronto llega
un incesante aviso,
una escapada espada de la boca de Dios
que cae y cae y cae lentamente.
Y he aquí que temblamos de miedo,
que nos ahoga el llanto contenido,
que nos aprieta la garganta el miedo.

Nos echamos a andar y no paramos
de andar jamás, después de medianoche,
en ese pasillo del sanatorio silencioso
donde hay una enfermera despierta de ángel.

Esperar que murieras era morir despacio,
estar goteando del tubo de la muerte,
morir a poco, a pedazos.
No ha habido hora más larga que cuando no dormías,
ni túnel más espeso de horror y de miseria
que el que llenaban tus lamentos,
tu pobre cuerpo herido.

Del mar, también del mar,
de la tela del mar que nos envuelve,
de los golpes del mar y de su boca,
de su página oscura,
de su vómito,
de su pureza tétrica y profunda,
vienen la muerte, Dios, el aguacero
golpeando las persianas,
la noche, el viento.

De la tierra también,
de las raíces agudas de las casas,
del pie desnudo y sangrante de los árboles,
de algunas rocas viejas que no pueden moverse,
de lamentables charcos, ataúdes del agua,
de tronco derribados en que ahora duerme el rayo,
y de la yerba, que es la sombra de las ramas del cielo,
viene Dios, el manco de cien manos,
ciego de tantos ojos,
dulcísimo, impotente.
(Omniausente, lleno de amor,
el viejo sordo, sin hijos,
derrama su corazón en la copa de su vientre.)

De los huesos también,
de la sal más entera de la sangre,
del ácido más fiel,
del alma más profunda y verdadera,

del alimento más entusiasmado,
del hígado y del llanto,
viene el oleaje tenso de la muerte,
el frío sudor de la esperanza,
y viene Dios riendo.
Caminan los libros a la hoguera,
se levanta el telón: aparece el mar

(Yo no soy el autor del mar.)

Siete caídas sufrió el elote de mi mano
antes de que mi hambre lo encontrara,
siete veces mil veces he muerto
y estoy risueño como en el primer día.
Nadie dirá: no supo de la vida
más que los bueyes, ni menos que las golondrinas.
Yo siempre he sido el hombre, amigo fiel del perro,
hijo de Dios desmemoriado,
hermano del viento.
¡A la chingada las lágrimas!, dije,
y me puse a llorar como se ponen a parir.
Estoy descalzo, me gusta pisar el agua y las piedras,
las mujeres, el tiempo,
me gusta pisar la yerba que crecerá sobre mi tumba
(si es que tengo una tumba algún día).
Me gusta mi rosal de cera
en el jardín que la noche visita.
Me gustan mis abuelos de totomoste
y me gustan mis zapatos vacíos
esperándome como el día de mañana.
¡A la chingada la muerte!, dije,
sombra de mi sueño,
perversión de los ángeles,
y me entregué a morir
como una piedra al río,
como un disparo al vuelo de los pájaros.

IV

Vamos a hablar del Príncipe Cáncer,
Señor de los Pulmones, Varón de la Próstata,
que se divierte arrojando dardos
a los ovarios tersos, a las vaginas mustias,
a las ingles multitudinarias.

Mi padre tiene el ganglio más hermoso del cáncer
en la raíz del cuello, sobre la subclavia,
tubérculo del bueno de Dios,
ampolleta de la buena muerte,
y yo mando a la chingada a todos los soles del mundo.
El Señor Cáncer, El Señor Pendejo,
es sólo un instrumento en las manos oscuras
de los dulces personales que hacen la vida.

En las cuatro gavetas del archivero de madera
guardo los nombres queridos,
la ropa de los fantasmas familiares,
las palabras que rondan
y mis pieles sucesivas.

También están los rostros de algunas mujeres,
los ojos amados y solos
y el beso casto del coito.
Y de las gavetas salen mis hijos.
¡Bien haya la sombra del árbol
llegando a la tierra,
porque es la luz que llega!

V

De las nueve de la noche en adelante
viendo la televisión y conversando
estoy esperando la muerte de mi padre.
Desde hace tres meses, esperando.
En el trabajo y en la borrachera,
en la cama sin nadie y en el cuarto de niños,
en su dolor tan lleno y derramado,
su no dormir, su queja y su protesta,
en el tanque de oxígeno y las muelas
del día que amanece, buscando la esperanza.

Mirando su cadáver en los huesos
que es ahora mi padre,
e introduciendo agujas en las escasas venas,
tratando de meterle la vida, de soplarle
en la boca el aire...

(Me avergüenzo de mí hasta los pelos
por tratar de escribir estas cosas.
¡Maldito el que crea que esto es un poema!)

Quiero decir que no soy enfermero,
padrote de la muerte,
orador de panteones, alcahuete,
pinche de Dios, sacerdote de las penas.
Quiero decir que a mí me sobra el aire...

VI

Te enterramos ayer.

Ayer te enterramos.

Te echamos tierra ayer.

Quedaste en la tierra ayer.

Estás rodeado de tierra

desde ayer.

Arriba y abajo y a los lados

por tus pies y por tu cabeza

está la tierra desde ayer.

Te metimos en la tierra,

te tapamos con tierra ayer.

Perteneces a la tierra

desde ayer.

Ayer te enterramos

en la tierra, ayer.

VIII

No podrás morir.

Debajo de la tierra

no podrás morir.

Sin agua y sin aire

no podrás morir.

Sin azúcar, sin leche,

sin frijoles, sin carne,

sin harina, sin higos,

no podrás morir.

Sin mujer y sin hijos

no podrás morir.

Debajo de la vida

no podrás morir.

En tu tanque de tierra

no podrás morir.

En tu caja de muerto

no podrás morir.

En tus venas sin sangre

no podrás morir.

En tu pecho vacío

no podrás morir.

En tu boca sin fuego

no podrás morir.

En tus ojos sin nadie

no podrás morir.

En tu carne sin llanto

no podrás morir.

No podrás morir.

No podrás morir.

No podrás morir.

Enterramos tu traje,
tus zapatos, el cáncer;
no podrás morir.

Tu silencio enterramos.
Tu cuerpo con candados.

Tus canas finas,
tu dolor clausurado.

No podrás morir.

Te fuiste no sé a donde.

Te espera tu cuarto.

Mi mamá, Juan y Jorge

te estamos esperando.

Nos han dado abrazos

de condolencia, y recibimos

cartas, telegramas, noticias

de que te enterramos,

pero tu nieta más pequeña

te busca en el cuarto,

y todos, sin decirlo,

te estamos esperando.

XIII

Padre mío, señor mío, hermano mío,
amigo de mi alma, tierno y fuerte,
saca tu cuerpo viejo, viejo mío,
saca tu cuerpo de la muerte.

Saca tu corazón igual que un río,
tu frente limpia en que aprendí a quererte,
tu brazo como un árbol en el frío
saca todo tu cuerpo de la muerte.

Amo tus canas, tu mentón austero,
tu boca firme y tu mirada abierta,
tu pecho vasto y sólido y certero.

Estoy llamando, tirándote la puerta.
Parece que yo soy el que me muero:
¡padre mío, despierta!

XVII

Me acostumbraste a guardarte, a llevarte lo mismo
que lleva uno su brazo, su cuerpo, su cabeza.
No eras distinto a mí, ni eras lo mismo.
Eras, cuando estoy triste mi tristeza.

Eras, cuan caía, eras mi abismo,
cuando me levantaba, mi fortaleza.
Eras brisa y sudor y cataclismo,
y eras el pan caliente sobre la mesa.

Amputado de ti, a medias hecho
hombre o sombra de ti, sólo tu hijo,
desmantelada el alma, abierto el pecho,

ofrezco a tu dolor un crucifijo:
te doy un palo, una piedra, un helecho,
mis hijos y mis días, y me aflijo.

SEGUNDA PARTE

I

Mientras los niños crecen, tú, con todos los muertos,
poco a poco te acabas.

Yo te he ido mirando a través de las noches
por encima del mármol, en tu pequeña casa.

Un día ya sin ojos, sin nariz, sin orejas,
otro día sin garganta,

la piel sobre tu frente agrietándose, hundiéndose,
tronchando obscuramente el trigal de tus canas.

Todo tú sumergido en humedad y gases
haciendo tus deshechos, tu desorden, tu alma,
cada vez más igual tu carne que tu traje,
más madera tus huesos y más huesos las tablas.

Tierra mojada donde había tu boca,

aire podrido, luz aniquilada,

el silencio tendido a todo tu tamaño

germinando burbujas bajo las hojas de agua.

(Flores dominicales a dos metros arriba

te quieren pasar besos y no te pasan nada.)

III

Sigue el mundo su paso, rueda el tiempo
y van y vienen máscaras.

Amanece el dolor un día tras otro,
nos rodeamos de amigos y fantasmas,
parece a veces que un alambre estira
la sangre, que una flor estalla,
que el corazón da frutas, y el cansancio
canta.

Embrocados, bebiendo en la mujer y el trago,
apostando a crecer como las plantas,
fijos, inmóviles, girando
en la invisible llama.

Y mientras tú, el fuerte, el generoso,
el limpio de mentiras y de infamias,
guerrero de la paz, juez de victorias

□ cedro del Líbano, robledal de Chiapas □

te ocultas en la tierra, te remontas
a tu raíz, oscura y desolada.

IV

Un año o dos o tres,
te da lo mismo.
¿Cuál reloj en la muerte?, ¿qué campana
incesante, silenciosa, llama y llama?
¿qué subterránea voz no pronunciada?
¿qué grito hundido, hundiéndose, infinito
de los dientes atrás, en la garganta
aérea, flotante, pare escamas?

¿Para esto vivir? ¿para sentir prestados
los brazos y las piernas y la cara,
arrendados al hoyo, entretenidos
los jugos en la cáscara?
¿para exprimir los ojos noche a noche
en el temblor obscuro de la cama,
remolino de quietas transparencias,
descendiendo de la náusea?

¿Para esto morir?
¿para inventar el alma,
el vestido de Dios, la eternidad, el agua
del aguacero de la muerte, la esperanza?
¿morir para pescar?
¿para atrapar con su red a la araña?

Estás sobre la playa de algodones
y tu marea de sombras sube y baja.

OTROS POEMAS SUELTOS

(1973-1993)



EL PEATÓN

Se dice, se rumora, afirman en los salones, en las fiestas, alguien o algunos enterados, que Jaime Sabines es un gran poeta. O cuando menos un buen poeta. O un poeta decente, valioso. O simplemente, pero realmente, un poeta.

Le llega la noticia a Jaime y éste se alegra: ¡qué maravilla! ¡Soy un poeta! ¡Soy un poeta importante! ¡Soy un gran poeta!

Convencido, sale a la calle, o llega a la casa, convencido. Pero en la calle nadie, y en la casa menos: nadie se da cuenta de que es un poeta. ¿Por qué los poetas no tienen una estrella en la frente, o un resplandor visible, o un rayo que les salga de las orejas?

¡Dios mío!, dice Jaime. Tengo que ser papá o marido, o trabajar en la fábrica como otro cualquiera, o andar, como cualquiera, de peatón.

¡Eso es!, dice Jaime. No soy un poeta: soy un peatón.

Y esta vez se queda echado en la cama con una alegría dulce y tranquila.

PENSÁNDOLO BIEN

Me dicen que debo hacer ejercicios para adelgazar,
que alrededor de los 50 son muy peligrosos la grasa y el cigarro,
que hay que conservar la figura
y dar la batalla al tiempo, a la vejez.

Expertos bien intencionados y médicos amigos
e recomiendan dietas y sistemas
para prolongar la vida unos años más.

Lo agradezco de todo corazón, pero me río
de tan vanas recetas y tan escaso afán.
(La muerte también ríe de todas estas cosas.)

La única recomendación que considero seriamente
es la de buscar mujer joven para la cama
porque a estas alturas
la juventud sólo puede llegarnos por contagio.

TU NOMBRE

Trato de escribir en la oscuridad tu nombre. Trato de escribir que te amo.

Trato de decir a oscuras esto. No quiero que nadie se entere, que nadie me

mire a las tres de la mañana paseando de un lado a otro de la estancia,

loco, lleno de ti, enamorado. Iluminado, ciego, lleno de ti, derramándote.

Digo tu nombre con todo el silencio de la noche, lo grita mi corazón

amordazado. Repito tu nombre, vuelvo a decirlo, lo digo incansablemente, y

estoy seguro que habrá de amanecer.

AHORA

Lo único que he aprendido - después de tanta sabiduría que tengo - es a quedarme quieto.

No moverse ¡qué vértigo!

Viene un obús, un coche, un trailer, un ferrocarril, una montaña a aplastarte: ¡quédate quieto!

SÍSIFO

Voló desde su vida apacible hacia la luz recién encendida y su cadáver minúsculo cayó sobre esta hoja de papel en que escribo.

Retiré la taza de café pensando que su contacto en mis labios sería molesto, y que una lluvia de meteoritos invisibles podría empezar a descender desde el foco, por los espacios siderales, hasta la mesa.

De pronto el cadáver se agitó, dio vueltas torpemente, movió las alas cada vez más ligeras, y emprendió el vuelo de retorno. ¡Qué alivio y qué alegría! Sísifo de la luz, lo vi ascender en giros concentrados, veloz y decidido, hacia la gloria abundante de un nuevo encuentro con la muerte.

ACTUALIDAD

Parece que la cantidad determina la cualidad. Esto es asombroso. Dicen, los que saben, que el número de partículas (protones, electrones, etc.) en el núcleo de un átomo (¿cuál núcleo?) define elementos distintos, con características propias e inconfundibles.

El agua, el agua oxigenada, el agua pesada, y las aguas que inventen, no son más que el agua golpeada, disminuida o aumentada al gusto. Las familias del yodo o del mercurio, del bario o del estroncio, serán infinitas. Lo empezamos a ver con el uranio, lo seguiremos viendo con el elemento dos mil. Todo es cuestión de número, de más o menos equis, de más o de menos.

El ajedrez es infinito. La ética se ha de resolver por las matemáticas. Hombre bueno es aquel que tiene más elementos yo que sé. Dios es equilibrado, neutro. Cero igual a cero: Dios.

Hay que aprender a sumar las grandes cantidades de materia y antimateria, de cuerpos y anticuerpos, para entender. O para vacunarnos.

CABALLOS DE FUERZA

Acabo de estrenar un coche de lujo. Nunca en mi vida había tenido sino pequeños carros, modesto, mediocres, más bien pobres instrumentos de trabajo.

Estuve alegre ayer todo el día, como cuando tuve bicicleta a los once años.

¿Qué simbiosis se establece entre el objeto y uno mismo? ¿Por qué la posesión de lo superfluo enaltece el ánimo como una conquista?

Con sus 240 caballos de fuerza parece que aumentara la fuerza de uno mismo, su capacidad de acción, su poderío.

Mi mujer y mis hijos están felices también. Nos hemos paseado de un lado al otro admirando su vestidura impecable, su palanca al piso, el espejo lateral que se mueve desde dentro y tantas preciosidades que lo hacen distinto.

¡Dios mío!, me pregunto, ¿esto es lo que llaman enajenación?, ¿o es el principio de mi decadencia?

Bueno, me digo, consolándome: todavía me faltan dos años para pagarlo.

¿NOCTURNO?

Si te despiertas a las dos, ahogándote con tu propia saliva, y das un brinco en la angustia y jalas aire desesperadamente, mortalmente, y vuelves a la vida, no al sueño, porque ya no puedes dormir, y te quedas pensando como una hoja piensa en el viento, y te acuerdas de Poe, que dicen que murió de su propio vómito en una borrachera, en una madrugada, en una calle, solo, ahogándose, el pobre de Edgar Allan Tremens, agarrándose el cuello, crispándose todito, dando el zapotazo con la cabeza sobre el pavimento; te levantas, te sientas a la orilla de la cama, sientes frío, te cierras bien el suéter, te vas a la cocina, haces café, estás agradecido.

Sobre el refrigerador la pecera vacía ya no tiene al príncipe encantado, o la princesa, que dormía con los ojos abiertos en el agua. Recuerdas cómo abría su boca para pedirte alimento o para contarte su silenciosa historia. Amaneció flotando un día, como un pez de colores, y fue depositado bajo las yerbas del jardín para que lenta, verde agua, se evaporara.

Sólo “Pujitos” y las moscas, el perrito lanudo mueve la cola, de despereza, se aproxima, te pide su salida a la calle, pero comprende que es de noche y vuelve a echarse. El gato no se molesta y sigue durmiendo con sus tres niños de pecho que la semana pasada, de pronto, lo hicieron gata.

Se asoman las mujeres que perdiste, las que te engañaron, aquella que te dijo “yo soy tu harén”.

Habías visto en la oscuridad los dos féretros en la misma tumba, el rostro quebrado de tu hijo, y ahora, la reciente, ¿cómo se estará cocinando en su cajón la dulce, la pensativa Rosario?

Las elecciones, la televisión, los poetas, los macheteros de la fábrica, la operación de Julio, habrá tiempo para dormir, las palabras, las imágenes.

Un coche escandaliza, pasa, ladran, dejan limpio el silencio. ¡Al abordaje, pues: las sábanas!